



RUBÉN RECHES



Reches, Rubén Abel

Poesía reunida / Rubén Abel Rechés y Rubén Rechés. - 1a ed. - Buenos Aires :
Ruinas Circulares, 2012.

64 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel)

ISBN 978-987-1610-71-6

I. Poesía. I. Rechés, Rubén II. Título.

CDD 861

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
OCTUBRE 2012

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*

Imagen: Wassily Kandinsky

Contacto con el autor: abeci2001@yahoo.com.ar

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

RUBÉN RECHES

POESÍA REUNIDA

TORRE DE BABEL
ediciones ruinas circulares

ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE LA OBRA

GUIA DE LECTURA, CLARIN 7 DE JUNIO DE 1984

Arrabal de esferas, de Rubén Reches (La Lámpara Errante). Un libro excepcional en el panorama de la nueva poesía argentina, que logra una atmósfera de misteriosa desolación, con un ritmo amplio, natural y grave, y el desarrollo del tema de la vejez, el tiempo y la muerte.

CARTA DE ROBERTO JUARROZ

Temperley, julio 6 de 1984

Estimado Rubén Reches:

El azar de una noche cruzada por la poesía, hizo llegar a mis manos su libro *Arrabal de esferas*. Al revisarlo más tarde, me sorprendió encontrar allí la presencia no demasiado habitual de un auténtico poeta.

Leí y releí sus textos y hasta mostré algunos de los que más me gustaban a alguien que sabe ver la poesía. Coincidimos entonces en nuestra apreciación. En suma: deseo decirle con toda sencillez que su libro me ha gustado y que muchos de sus pasajes me parecen de singular calidad poética, con ese giro o toque o tacto revelador e irremplazable.

¿Qué más? Expresarle la satisfacción de desear que usted siga escribiendo, siga creando y viviendo su poesía, trabajando y ahondando su lenguaje, exigiéndose cada vez más, generando esa "presencia" a que aludí aquella noche. Sé que usted puede hacerlo.

Un fuerte abrazo.

Roberto Juarroz

Los poemas de Rubén Reches: epifanías y clarividencias.

Por *Eduardo Álvarez Tuñón*

En la primera década del siglo veinte, un grupo de poetas de lengua inglesa, en un intento ingenuo de definir con claridad los géneros y atravesar, sin vértigos, el desprolijo caos de las vanguardias y las experimentaciones que ya se cernían sobre el horizonte, propuso afirmar que la poesía se caracterizaba por tres elementos esenciales: la palabra, la música y la imagen. Esa noche, (nadie puede pensar que la reunión se llevó a cabo a la luz del día), todos creyeron que se había llegado a un consenso luego de arduas discusiones, hasta que un joven alto y desgarbado dijo: “La enumeración es incompleta y vana. Hay algo más. Hay algo superior y previo”. -¿Qué puede haber por arriba de la música, la palabra y la imagen?, preguntó alguien que ha sido olvidado. Y James Joyce, porque de él se trataba, respondió: “Una forma de mirar. La poesía es, sobre todo una forma de mirar”.

Recuerdo esta anécdota porque lo que distingue la poesía de Rubén Reches en el panorama actual, es, precisamente, esa sutil y profunda “forma de mirar”. Sin que en estos poemas se soslaye la música, ni la imagen, ni se descuide la palabra, -prescindiendo de experimentaciones vanas-, lo que en ellos nos emociona es una mirada y, más aún, la universalidad de esta mirada.

Este libro tiene algo de travesía, de viaje de quietud, desde los episodios de una niñez íntima y remota, que volvemos a vivir, con sensaciones, aromas y juegos de luces y sombras, hasta un presente en el que todo es observado y descrito con una metafísica melancólica y conmovedora.

Confieso que en la Argentina (e iría más allá, diría en la lengua castellana) es difícil hallar un libro de poesía que constituya en sí una obra sólida y no solo una reunión de textos, un

libro que posea un hilo conductor, sin que cada poema pierda su autosuficiencia, su eficacia estética. En este libro, esta coherencia interna se debe, en buena parte, a esa “forma de mirar”, que es intensa y vívida y se reconoce tanto en el poema al padre sastre, como en los versos musicales, con algo de canción de cuna final, sobre los viejos o en esa celebración de los objetos que se manifiesta en el cambio de un “aparato telefónico” o en la entrañable biblioteca de aglomerado y ladrillos.

Rubén Reches sabe de la importancia de la mirada en la poesía y a lo largo de todo el libro deja algunas huellas para que descubramos el secreto de su poética (porque el libro, hay que decirlo aunque despierte polémicas, encierra una poética). Menciona, como una frase perdida en un verso, “la exacta clarividencia de todo”, hace referencia a los “episodios ínfimos de luz”, alude a los “vigías mendigos que miran más de un instante al cielo y se duermen” y se detiene en “los seres que se hicieron recuerdo”.

La indudable originalidad de la poesía de Rubén Reches se debe, en buena medida, a que cada poema suyo es, en sí, una “epifanía”. Aquí vuelvo a evocar un concepto que James Joyce trató de elaborar para aplicarlo a todas las manifestaciones del arte. Una “epifanía” vendría a ser la visión de lo profundo y eterno en un mero y pequeño hecho cotidiano. La elevación hacia la belleza que parte de los objetos periféricos que hemos olvidado o están destinados al olvido. De nuevo, la forma de mirar. Creo, con sinceridad, que hay pocas “epifanías” tan perfectas como las que encierran los poemas que en este libro evocan las cosas que nos acompañan y que resumen como nada nuestro pasado. Creo también que es una “epifanía” difícil de superar aquella evocación de Lucina Álvarez y su bufanda y su cartera que “puestas por un rato en la silla de un café”, “podían dejar dulce al local toda una noche”. No en vano Rubén Reches ha sido traductor de Víctor Hugo, porque la fuerza de su poesía, su originalidad, reside en que está escrita “entre los días que cambian y los días eternos”.

Rubén Reches ha escrito, a lo largo de los años, un libro sólido, auténtico, donde está él y donde estamos todos nosotros, un libro para releer y no conozco mejor alabanza que esta última: recordemos que Dante nos dice que el paraíso solo puede definirse por el deseo de volver.

A mi mujer, Estela y a mis hijos, Ricardo y Miguel

ARRABAL DE ESFERAS
(1984)

MORIBUNDO...

Moribundo: antes que vengan a coser tus párpados,
antes que el falso nudo se deshaga en el pañuelo
y que las ondas desaparezcan del agua,
querés repetirte con fuerza –como quien memoriza-
el nombre del lugar en donde estuviste y del que te vas.

Pero ya no lograrás saber qué fue esa zona
que vos creías tan imperial y populosa
como el país de nada del que, aun viajando, siempre sos
ciudadano.

Ante tus ojos ya más de carne que de vidrio
tu única migración se ha reducido a unas palabras
empobrecidas y a una pieza.

Ahora que vienen a coser tus párpados
podés correr a gusto por toda la tierra de tu memoria,
pero no te basta eso para determinar qué fue esa luz que te
parecía sola e infinita,
qué esas estrellas, ese humo, esas dos manos tuyas,
qué ese acordeón y esa madre.

Ahora te parece posible encerrar a toda aquella variedad en
un frasco;
Ahora te parece que podrías ver todos los mares, todos los
árboles y las fiestas
con solo mirar una vez a través de un orificio del diámetro
de un clavo
practicado en tu tumba.

Pero igual querés gritar de una vez el nombre de la gota de
la que empezás a caer,
por un desafío parecido al que hincha las venas
del hombre de nuez y de brazos desnudos,

de pie en ese arrabal de esferas,
que vocifera y vence a otros con palabras;
pero no podés, no podés, moribundo.

Incluso ahora que estés muerto, cuando vuelvas
a tu larga costumbre de no ser nada,
en el instante luego del último punto dado a tus párpados,
recordarás, sí, cada uno de tus milenios idos
y tendrás la exacta clarividencia de todo tu inagotable
porvenir,
pero este episodio ínfimo de luz aun del pasado se borrará.

Y no vas a gritar el nombre de la pintada selva
que -última lágrima o fruta inmensas- todavía pende de
tus párpados,
ni te erguirás para el rasguño inesperado al cielo,
en tanto que lo que no sabés nombrar se arranca
pausadamente de vos,
desprende de toda tu piel un ala,
y ya no temés que la mariposa esté naciendo,
ya ni la querés nombrar,
ya no sabés, no sabés qué dejás, qué se te va, moribundo.

CITA

A Jorge Asís

Esperar en la mesa de un café,
no haberse quitado la bufanda y ser pálido,
estar atento a sus huesos de los que el alma pende como unas
pocas sedas
dispuestas para dar una ilusión de anchura,
mirar la hora,
haberse acostumbrado como un vencido a su oscuridad,
en cuyo fondo ya casi no se distingue el dibujo de dos
ancianos abrazados que sonríen,
mirar hacia la puerta,
ser vertical y blanco como un bastón de ciego,
tener esa mala suerte grave
allí donde lo único razonable y perdurable son las esferas,
ver entrar de la intemperie a un hombre que va a otra mesa,
mirar hacia la calle a través del vidrio,
saber ya que es de pobre su memoria de las casas queridas,
que la lanza de los días viejos no defiende,
mirar la hora, y hacia la puerta, hacia todas las mesas, hacia
el techo del café,
haber tenido mucho a alguien que se deshizo dejando una voz.

Pagar, irse.

Otra noche más y el diablo no vino.

ENTRA AL CAFÉ...

A Eduardo Alvarez Tuñón

Entra al café iluminado y grande como el salón de fiestas de un barco. Encuentra a sus amigos alrededor de una mesa demasiado estrecha, apiñados en desorden tal como los fue reuniendo el azar de una noche del domingo. Apenas terminan los saludos, se apodera de la palabra. Habla fuerte, refuta con facilidad y lanza datos, argumentos y noticias de última hora con una vivacidad y una memoria asombrosas. Poco a poco el resto se limita a escucharlo, a reír en voz alta de sus bromas más mordaces.

De pronto el recién llegado se descubre una mancha blanca de polvo en una rodillera del pantalón. No se la limpia, pero no quiere que nadie se la vea y la esconde hundiendo la pierna debajo de la mesa.

Esta mañana estuvo en el cementerio. Se sentó en una tumba, arañó la tierra, se le mojaron de lágrimas las manos y se pegó puñetazos en los muslos. Después, peinándose, empezó a caminar despacio hacia la parada del colectivo.

Ahora, sentado en un local del centro de una ciudad inmensa que dispersó sus cementerios por las lejanas periferias, piensa que nadie, en ese café de los vivos, imaginaría que con él entró allí un poco de tumba.

Cegado por el orgullo que al adolescente da el dolor, cree que haber traído una siembra de muerte adonde los elegantes clamorean o se acurrucan le da algo ya de la ciencia de los ancianos y los moribundos. ¡Y ni siquiera advirtió aún cuántas de las suelas que pisan cada día el centro de la ciudad luminosa tienen pegado pedregullo de cementerio!

YA SON DE LA BRUMA...

A la memoria de mi padre,
Samuel Moisés Reches

Así se sentaron con él en tierra por
siete días y siete noches y ninguno le
hablaba palabra, porque veían que
el dolor era muy grande.
Job 2:13

Ya son de la bruma tus cincuenta años de doblarte sobre las
telas,
sastre de cabellos blancos,
y el Hoy raspa tu alma como los frenos de un tren.

Quisiste con la aguja fundar una dinastía en el peligro del
tiempo
y alzaste para protegerla una fortaleza de chalecos y gabardinas.

Sin ayuda de ángeles, ateo fuerte: con sólo tus manos de
leñador que cosían.

Sus habitantes teníamos que morir por orden de aparición.
Todas las cabezas que se amparaban en tu fuerza de niño
mendigo debían morir blancas.
Y por eso medías, padre, y por eso enhebrabas, seguro de
que así habría de ser,
con la certeza de un sastre que sabe que, si quiere, deja la
tela, sale a la calle
y atraviesa de parte a parte un planeta con la aguja.

Mientras tus hijos compraban libros y pelotas tus sufilados
los hacían inmortales.
A otros padres se les morían, o se les enfermaban, o se les
iban para siempre, pero entonces vos cortabas más,

probabas más,
Y sentías en tus manos que, de querer irte a coser a la selva
con toda tu familia detrás de tu silla
huirían los animales feroces al solo gesto tuyo de marcar con
la tiza el primer casimir.

Alrededor de tu mesa no temíamos a las estrellas.
Eramos diez humanos agraciados. Eramos ricos.
Nos habíamos olvidado de la historia de Job.

EN DESAPARECIDOS...

A la memoria de Lucina Alvarez

En desaparecidos inviernos
fuiste la rama encendida
que volaba en la oscuridad,
el breve fuego movedizo
que entibiaba la ciudad de a partes.

Tus itinerarios, -venías a las piedras
en altos animales en cuya mansedumbre confiabas, hada-,
quedaban cálidos hasta mucho después que te alejabas.

Puestas por un rato en la silla de un café,
tu cartera y tu bufanda
podían dejar dulce al local toda una noche.

Hubieras sido ese fuego
hoy aún, y mañana.

En cambio,
los inviernos son ahora grutas vacías,
desamparados armazones inmensos.

OTROS POEMAS

EL TELEFONO DE LA CASA PATERNA

a la memoria de mis padres
Jane Szichman y Samuel Moisés Rechtes

Acabo de cambiar el aparato telefónico.

En la casa de mi infancia,
adonde he vuelto a vivir con mujer e hijos.

Desconectado, entre tornillos y pedazos de cable,
el aparato viejo parece esperar en la mesa del comedor
a que se proceda con él a un baño ritual.

Y ahí se está, como resto de un antiguo naufragio
que ha vuelto a tierra firme y se ha puesto a secar:
pierde su envoltura de cosa de humano
en el breve rato que necesita cualquier objeto depositado por
el mar
para secarse de siglos de errar sumergido.

Muy pronto me parece que podría vacilar en decir para qué
sirve,
qué fue, si es algo que ya estaba en la casa o si lo acaban
de traer,
cuando durante cuarenta años por él llegaban y salían las
voces
que tejieron la historia de un continente perdido en el que
yo fui hijo,
y mis propios dedos pequeños giraban su disco para llamar
a amigos de pantalón corto.

Muchas de las escenas centrales de la historia de mi primera
familia
se constituyeron a su alrededor y al cabo de un rato se
disgregaron,

¡en este caleidoscopio donde cada pedacito de papel es un ser humano!

Por él se anunciaron nacimientos de seres que muy pronto iban
a decidir exponer sus pechos a las balas de la tierra.
Por él un día mi madre oyó después de cincuenta años
la voz de su hermano soviético que acababa de llegar a Israel
mientras en otra pieza esperaban su turno de hablar tías y tíos.
-Al volver a la pieza cada uno debía transmitir con la mayor
fidelidad
las pocas palabras dichas por el hermano mayor que se había
quedado en Moscú porque ya era un hombre y
optaba por guerrear
mientras el padre rabino y la madre cuyo vientre había dado
diez veces a luz
decidían emigrar con todos los hijos que pudieran-.
Por él nos felicitaban por casamientos,
-por el de mi hermano primero, por el mío después-.
En los días que precedieron al de mi hermano,
recuerdo las llamadas a la modista, a la confitería, a todo
lo que se alquilaba.
Por él dije mis primeras palabras de amor.
El ocultó el temblor, el enrojecimiento, el rostro demudado
y sólo dejó pasar las palabras casi puras.
Por él mi padre anunció la muerte de mi hermano
después de arrancar su tubo de las manos de mi madre
para abreviar un llamado que los sollozos de mamá rota para
siempre
podían prolongar hasta la exasperación.
Por él llamé y me llamaron amigos para decimos, sin disculpas
ni preámbulos,
poemas recién terminados o un verso que acabábamos de modificar
en algo,
en días en que no dudábamos, -¡y con cuánta razón entonces!-
de la incondicional disponibilidad del otro,
de que al otro ese poema anunciado o ese verso imperfecto

lo habían mantenido en vilo con tanta intensidad como a uno
mismo.

Por él circularon conversaciones clandestinas
con sus circunlocuciones y sus claves.

Las de mi hermano comunista primero, y luego, muchos años más
más tarde, las de yo mismo comunista.

Finalmente, de los cuatro, fui yo quien lo desconectó.

Aunque el balance final de sus días entre nosotros no fue bueno,
lo guardo con respeto junto a las herramientas en la oscuridad
de un placard.

Al depositarlo, roza levemente un obstáculo y vuelve a sonar
su campanilla.

No descubro razones para que yo quiera sacarlo alguna vez de
donde está,
pero me digo que las manos que un día lo hagan
no tendrán motivo para actuar con extrema delicadeza
y la campanilla sonará de nuevo.

Porque él reserva gotas de sonido para cuando yo mismo ya no
esté.



Rubén Reches ha escrito mucho y ha desechado mucho. Este es su segundo libro de poemas, que incluye los del primer libro (*Arrabal de esferas*) y un puñado de poemas nuevos. Reches es un escritor maniático, hipercrítico. Sospecho que en su actitud hipercrítica suele equivocarse en contra de sí mismo. Ni siquiera sé, mientras escribo esto, si los poemas que estoy relejendo aparecerán tal cual se muestran ahora ante mi vista o serán

modificados en alguna medida. Como sea, a lo largo de cuarenta años ha pulido estos poemas que son irreprochables en su forma, cáustica, desencantada, urbana y sin embargo clásica.

Su tema es la vejez y la infancia, pero sobre todo, su tema es el presente que "hace entrecrocarse sus helados hierros"; su apariencia inexpugnable contra la que no puede mucho el ser humano que se desgasta sin él: fuera del tiempo real, rodeado de muertos y desaparecidos. El "arma secreta" de Reches es su apego a la exposición clara y a cierto cuidado de la métrica. Su noción de forma. No sé dónde se unen, donde se integran al sistema, esa prolijidad de índole tradicional y su visión sombría.

Se pueden elegir entre estos poemas los más crudos o los más líricos, pero entre los más significativos, entre los que mejor representan el mundo familiar, social, político, de Rubén Reches, y su mundo metafísico, elijo "El teléfono de la casa paterna" que de tanta voz del tiempo fue vehículo, tanta voz desaparecida o muerta, cuya campanilla arrumbada puede sonar aún en un placard. Diría Pound: todo fluye, enseñó Heráclito, pero una vulgar baratija será lo que sobreviva nuestros días. Esa es una de las más terribles

Jorge Aulicino

